

asuntos indecorosos y del escandaloso enriquecimiento de los callistas.

La lucha antirreligiosa era vulnerable a la crítica por parte de los católicos, no sólo desde el ángulo señalado. Cuanto más se sumergía el régimen callista en el conflicto con la iglesia, tanto más avanzaba hacia las concesiones a los monopolios norteamericanos. Hasta cierto punto, el conflicto religioso era ventajoso a los círculos gobernantes de EU, ya que ofrecía grandes posibilidades de hacer presión sobre el gobierno mexicano para conseguir un arreglo "amistoso" de los problemas en litigio. A su vez el crecimiento excesivo de la lucha contra la iglesia se volvía más y más necesario a los círculos gobernantes mexicanos para desviar la atención de las masas populares de la política conciliadora con el imperialismo norteamericano. Puede decirse que el conflicto religioso fue para esos círculos una especie de coartada con la cual se justificaba la renuncia a la realización de las transformaciones sociales y antiimperialistas.

Es útil señalar que en la apreciación de las causas que movían al gobierno de Calles a avivar el conflicto con la iglesia, coinciden los representantes de las tendencias políticas e ideológicas más diversas. Según palabras de Ramos Pedrueza, el gobierno callista, haciendo concesión tras concesión al imperialismo norteamericano, aplazaba las reivindicaciones económicas de las masas y trataba de presentar como el único culpable de esto al clero mexicano<sup>27</sup>. El Partido Comunista de México calificó a la política religiosa de los callistas como nuevamente negativa, demagógica y causante de las divisiones que se producían en la unidad de las masas trabajadoras<sup>28</sup>.

José Vasconcelos, conocido por sus inclinaciones católicas, señaló que la guerra religiosa, provocada por el mismo Calles, sirvió a éste de cortina de humo para cubrir su acuerdo con Norteamérica en el problema agrario y en las leyes petroleras<sup>29</sup>.

El sociólogo progresista mexicano, Pablo González Casanova, hace notar que los grandes conflictos entre la iglesia y el Estado en México llegaron a su climax precisamente cuando los círculos gobernantes sustituyeron la política popular y nacionalista por la demagogia anticlerical<sup>30</sup>.

Cualesquiera que fuesen las ventajas que la prolongación del conflicto religioso otorgaba a ambas partes, se iba hacien-

do evidente, poco a poco, que resultaba imposible resolverlo por la vía de la exacerbación. Ningún partido obtendría nada y el futuro estaba lleno de sorpresas. Los representantes más perspicaces de la iglesia católica comprendían que la vuelta al antiguo orden era una quimera.

A. Bessiére escribió que los campesinos indígenas, católicos en su mayoría, protegían a los sacerdotes perseguidos y con frecuencia oponían resistencia a los representantes del gobierno. Empero sería erróneo pensar, subraya este publicista, que los campesinos estuvieran de acuerdo con la restauración del poder de los conservadores, enemigos de la reforma agraria y de otras transformaciones sociales<sup>31</sup>.

Este estado de ánimo de las amplias capas de la población, y principalmente del campesinado, explica la actitud de algunos dirigentes cristeros, los más acérrimos defensores del clericalismo militante levantaron demandas de reformas sociales y se presentaron como partidarios de los ideales de la Revolución Mexicana. Es muy sugestivo, en este sentido, el manifiesto elaborado por un grupo de generales y oficiales del ejército cristero, que actuaban en el Estado de México. En este manifiesto se colocaba en un lugar especial el derecho de los campesinos a la tierra, el derecho de los obreros a organizarse, el derecho a la huelga, el de la libertad de conciencia y de imprenta y se manifestaban en pro del principio de separación de la iglesia y del Estado<sup>32</sup>.

En el curso de la polémica con el gobierno, los representantes del catolicismo mexicano censuraron la explotación capitalista y trataron de desligarse del capitalismo. En este sentido fue característica la intervención del joven católico Mier y Terán, durante su discusión con Morones.

"Yo no he venido —dijo el representante de los católicos— a defender el capitalismo, sino a la iglesia católica"<sup>33</sup>. Desde las posiciones del "socialismo cristiano", Mier y Terán censuró al capitalismo por esclavizar a los trabajadores y negarles sus derechos. La política social de la iglesia, declaró Terán, es adversa a los capitalistas.

Esas intervenciones eran testimonio de la presencia de corrientes en el catolicismo mexicano, que se pronunciaban por la "modernización" de la política social de la iglesia y trata-

ban de tomar en cuenta el estado de ánimo de las masas trabajadoras.

Tales ideas influenciaban a algunos representantes de la jerarquía eclesiástica mexicana quienes comprendían que en las nuevas condiciones resultaba imposible apegarse a viejos dogmas e intentar restablecer el pasado por la fuerza. En este sentido es muy significativa la posición del alto clero mexicano ante la rebelión de los cristeros: al decir de sus representantes, apoyaba la justa lucha de los católicos por sus derechos. Sin embargo, el episcopado mexicano aplicaba una política bastante cautelosa, pues comprendía la falta de perspectiva de la lucha armada. De aquí las contradicciones que surgieron entre el episcopado mexicano y el mando de los cristeros que adoptaron las posiciones del extremismo clerical. Los representantes de los cristeros acusaron repetidamente a la jerarquía eclesiástica de indecisión y de seguir una política conciliadora<sup>34</sup>. Según palabras de A. Bessière, los dirigentes de la iglesia católica mexicana se daban cuenta de que los problemas complicados no pueden resolverse por medio de "acciones heroicas aisladas"<sup>35</sup>.

Los representantes de la iglesia salían beneficiados al intervenir como iniciadores de la conciliación pues de esta manera podían crearse una posición política y desacreditar aún más a los callistas enredados en contradicciones. En este aspecto, el gobierno se encontraba en situación desventajosa. Renunciar a la lucha contra la iglesia equivalía, para muchos de ellos, a reconocer el fracaso de toda su política y desenmascarar su demagogia y espíritu aventurero. Por eso, muchas de las acciones del gobierno, especialmente las arbitrariedades cometidas contra las masas populares católicas, no podían calificarse más que de atmósfera de guerra religiosa para atizar el fuego del conflicto. El sociólogo norteamericano Ernest Gruening, a quien los escritores católicos consideran "callista", se refiere a las represiones del gobierno y observa que "sin duda, los católicos, que iniciaron la rebelión, son dignos de censura. Pero, ¿qué se puede decir de aquel doctor que, premeditadamente, corroe la herida fácil de aquél, para obtener ganancias durante el mayor tiempo posible?"<sup>36</sup>.

Ahora bien en las esferas gobernantes se reforzaban paulatinamente las posiciones de quienes comprendían la necesidad de renunciar al conflicto con los católicos en aras de la conser-

vación de su influencia en las masas, para concentrar la atención en otros problemas sociales más importantes para el país. Las fuerzas de oposición a la política anticlerical se agruparon en torno al ex gobernador de Tamaulipas, Emilio Portes Gil, presidente interino en 1928 y secretario de Gobernación en el gobierno de Calles; también alrededor del general Cedillo, que contaba con influencia en el ejército.

Emilio Portes Gil refiere en sus memorias una conversación con Calles. El autor, que apenas había sido nombrado secretario de Gobernación, expresó su desacuerdo con la política religiosa seguida por el gobierno que, a su decir, había provocado una sangrienta guerra fratricida<sup>37</sup>.

Empero hasta el momento los callistas habían logrado aplicar esa política en el problema religioso.

\* \* \*

Las contradicciones en los círculos gobernantes minaban poco a poco todo el sistema sobre el que se apoyaba el régimen de caudillismo revolucionario.

Uno de los síntomas más evidentes del ocaso del caudillismo revolucionario fue la agudización de la lucha entre los obregonistas y la dirección sindical con Morones a la cabeza.

El campo de los obregonistas era un conjunto de diversas fuerzas y agrupaciones sociales. En él la dirección pertenecía a los líderes de la nueva burguesía agraria de la que formaban parte los generales "revolucionarios", los altos funcionarios, etc.<sup>38</sup>, también ampliamente representadas las uniones campesinas, capas bastante numerosas de la pequeña burguesía urbana y agrupaciones de la burguesía nacional. Todos estos grupos y capas sociales expresaban, por uno u otro motivo, descontento con la dictadura de Calles, con sus métodos políticos burocráticos y "pistoleros". En las filas de los partidarios de la candidatura de Obregón aumentaba la tendencia —aún confusamente determinada, en forma contradictoria en muchos aspectos y con fuerte dosis de demagogia— a una posición independiente respecto al imperialismo y a la realización de una política de desarrollo económico nacional. El general Obregón, según El Machete, era el representante de las agrupaciones sociales que estaban por la reconstrucción nacional a base de la industrialización del país y de la creación de un capitalismo nacional y de una burguesía fuerte e independiente de la influencia ex-

tranjera<sup>39</sup>. Precisamente estas tendencias políticas del campo de los obregonistas son las que explican, en gran parte, su posición ante la dictadura de Calles y sus aliados "laboristas".

Como intérpretes de los intereses del bloque de las capas superiores de la pequeña burguesía y de la burguesía nacional —recientemente formada—, los obregonistas se pronunciaban por la "cooperación" y "armonía" de las clases, por el papel "constructivo" del movimiento sindical. Pero, a diferencia de los callistas, trataban de abordar estos problemas en una forma más "realista", quitando de su camino a los "intermediarios", personificados en los líderes de la CROM. Según su opinión, el carácter "laborista" de la dictadura de Calles levantaba muchos obstáculos en el camino del desarrollo económico del país, estorbaba el desenvolvimiento "armónico" de las relaciones entre el trabajo y el capital.

La actitud de los partidarios de Obregón fue recibida con franca hostilidad por el grupo de Morones. Se oponía a la elección de Obregón temiendo, no sin fundamento, que su triunfo constituyera el fin de su influencia en la política gubernamental. Los moronistas comprendían perfectamente, según *El Machete*, que sin ayuda financiera del gobierno su existencia sería efímera y por eso luchaban tan encañizadamente por la conservación de los restos del poder que tan mal habían empleado y siempre en detrimento de la clase obrera<sup>40</sup>.

Por otra parte, los resultados de la participación de los dirigentes de la CROM en la administración del país, fueron verdaderamente lamentables.

En México no existía, de hecho, una legislación obrera nacional; los contratos colectivos eran objeto de comercio y de negociaciones sin principios entre los burócratas sindicales y los empresarios. La propaganda teórica de "paz de clases" que según Morones y sus secuaces encarnaba en la situación de la industria textil, se encontraba en bancarrota. En los centros textiles más grandes del país, miles de obreros fueron arrojados a la calle; la amenaza del desempleo pendía sobre los demás trabajadores<sup>41</sup>.

Valiéndose hábilmente del creciente descontento que provocaba en el país la política de los líderes de la CROM, los partidarios de Obregón iniciaron una campaña propagandística para desprestigiar al grupo moronista. Publicaban en la prensa

materiales y datos reveladores del enriquecimiento de los líderes de esa organización y de sus compromisos sin principio y de sus trampas.

Pero esta lucha de los obregonistas contra los "líderes obreros" de ninguna manera pretendía ayudar a liberar a la clase obrera de los líderes traidores, limpiar al movimiento sindical de todo obstáculo y lograr su independencia. Por lo contrario, se trataba de impedir el desarrollo de los sindicatos por el camino de su independencia, no permitir el fortalecimiento de su autoconciencia proletaria. No es casual que los obregonistas identificaran la lucha contra los líderes de la CROM con la lucha contra los sindicatos más fuertes que, como ellos decían, engendran de una manera casi automática el burocratismo y la corrupción. De aquí, obligatoriamente, surgían los llamamientos a los obreros de "sentir" su "libertad individual", liberarse de la tiranía de los líderes y de la disciplina sindical. De hecho, esos llamados trataban de debilitar la voluntad de unión de los trabajadores; trataban de hacer más fácil su subordinación a los intereses de los políticos burgueses y pequeño burgueses. Al referirse a la campaña demagógica de los obregonistas contra los "líderes obreros", *El Machete* señalaba que estos señores olvidaban o querían que se olvidara que sólo la organización de los obreros les ayuda en su lucha y sólo con su ayuda se logrará la completa liberación de los trabajadores<sup>42</sup>.

Poco después, los círculos gobernantes del país utilizaron activamente la política de división del movimiento sindical (la llamada política de la "automatización").

El asesinato de Obregón (el 17 de julio de 1928), perpetrado por el católico Toral, llevó a la agudización extrema de las contradicciones en el país y cambió radicalmente la correlación de fuerza. Los líderes de la CROM, acusados cuando menos de responsables morales del asesinato de Obregón, se vieron obligados a abandonar los puestos de gobierno, y su actividad política descendió.

No era difícil comprender que los fuertes ataques contra la CROM golpeaban al mismo tiempo a todo el sistema de dominación callista, que ya no actuaba arbitrariamente. No fue casual la elección de Emilio Portes Gil como presidente provisional, conocido por sus enemistades con los líderes de la CROM. Es Portes Gil precisamente quien pone en marcha una campaña contra los "líderes obreros" y ofrece su ayuda para crear

sindicatos "independientes". Esta política de "automatización" del movimiento sindical era apoyada ampliamente por los círculos empresariales, que veían en ella un sistema más ágil y moderno de subordinación de la clase obrera a sus intereses, que aquel que se utilizara en el periodo de la élite sindical cromista.

La burguesía apoyó con celeridad la conferencia convocada por el gobierno de Portes Gil (noviembre-diciembre de 1923), en la que tomaron parte representantes de los sindicatos y de los empresarios. En ella se examinó el problema de la elaboración de la primera ley laboral federal del país. El gobierno de Portes Gil utilizó esta conferencia para desprestigiar a los líderes de la CROM, quienes vieron con malos ojos a dicho evento y trataron de restablecer su prestigio, llamando a la clase obrera a rechazar la subordinación al gobierno. Sin embargo, el proceso de descomposición de la CROM no podía ser detenido por nadie. Crecía el número de sindicatos que abandonaban las filas de esa central e ingresaban a sindicatos autónomos. A principios de 1929 la parte más revolucionaria de los sindicatos creó la Confederación Sindical Unitaria de México.

Morones y sus secuaces se habían desprestigiado tanto que incluso Calles consideró inadecuado expresarles abiertamente sus simpatías, y se declaró "neutral" en las discusiones entre la CROM y el gobierno de Portes Gil<sup>43</sup>.

Una prueba fehaciente de que el nuevo gobierno era independiente del callismo fue la solución del conflicto religioso. En junio de 1929 el gobierno de Portes Gil suscribió un acuerdo con los representantes de la jerarquía eclesiástica para normalizar las relaciones entre la iglesia y el gobierno. Portes Gil reconoce en sus memorias que "algunos políticos del régimen, que se cubrían con el ropaje del radicalismo" se opusieron a ese acuerdo<sup>44</sup>. Se refería evidentemente a los callistas.

En 1929, sólo quedaban algunos residuos del sistema del **caudillismo revolucionario**. Los callistas, tratando de salvar todo lo posible, se lanzaron a concesiones y compromisos de diversa índole. Sin embargo no abandonaron la esperanza de adueñarse de nuevo de la situación, pero era evidente que el retorno a las viejas formas de gobierno no era asunto fácil. Las aspiraciones de diferentes agrupaciones políticas de estabilizar de alguna manera la situación del país, de encontrar algunas

formas de cooperación, explican la presentación del proyecto sobre la creación del Partido Nacional Revolucionario (PNR).

En el mensaje de Calles al Congreso, el 10. de septiembre de 1928, fue proclamado oficialmente el fin de la era del **caudillismo revolucionario**. Calles declaró que había llegado la hora de "pasar de un sistema más o menos velado de gobiernos de caudillos a un más franco régimen de instituciones";<sup>45</sup> declaró que no buscaría la prolongación de su mandato y no aspiraría a la presidencia del país. Pero al mismo tiempo, daba a entender que de ninguna manera iba a ser un observador, sino que participaría de modo activo en la vida política como corresponde a cada soldado, a cada hombre educado en los principios de la revolución<sup>46</sup>.

Según afirmaciones de Calles, la desaparición del régimen callista debía conducir a un gobierno de "familia revolucionaria única", que sería la base de las reformas constitucionales de la administración. Pero, por lo visto, el mismo Calles poco creía en la solidez de una unión absoluta, pues en su mensaje al congreso, admitía la existencia de contradicciones en las filas de la "familia revolucionaria" y la dificultad de su superación. Para la consolidación de la "unidad", Calles recomendaba recibir en el congreso a los representantes de las fuerzas reaccionarias. Todas las divergencias en las filas de la "familia revolucionaria", se afirmaba en el mensaje, procedían de que en el congreso no había enemigo ideológico contra el que se pudiera luchar<sup>47</sup>. El mensaje de Calles aceleró la creación del nuevo partido. En marzo de 1929, en el Congreso Constituyente de Querétaro, fue proclamada la fundación del Partido Nacional Revolucionario. En el congreso se habló mucho de la "unidad revolucionaria" y de la consolidación "monolítica" de los "revolucionarios". Pero el propio congreso impugnó estas declaraciones.

La crisis profunda de la élite gobernante quedó en plena evidencia ante el hecho de que uno de los más probables candidatos a presidente, Aarón Sáenz, muy significativamente boicoteó al congreso, declarando que se negaba a tomar parte en esa farsa. Esto colocó en difícil situación a los propagandistas de la "unidad revolucionaria", pues Aarón Sáenz era conocido como uno de los más allegados a Calles, quien se pronunciaba por la candidatura de aquél. El apoyo de Calles a Sáenz, según parece, era un secreto a voces, ya que eran muchos los grupos políticos de varios estados que presentaban su candidatura, con-

siderando que tras él estaba la fuerza encabezada por Calles<sup>48</sup>. Grande fue la sorpresa de muchos delegados cuando, al llegar al congreso, vieron que había cambiado la actitud hacia la candidatura de Sáenz. Es más, los dirigentes del congreso, que parecía apoyarían decididamente a la candidatura de Sáenz, dieron un giro de 180 grados, se lanzaron contra él con fuertes ataques, acusándolo de desertor, que había pasado al campo de la reacción. En el país había aumentado tanto el descontento con la política de Calles que la misma proposición de un candidato ligado a él, arrastraba grandes peligros para la élite gobernante. A esto cabe agregar que Aarón Sáenz pertenecía al tipo de "revolucionarios" que, durante el régimen callista, hicieron toda clase de manipulaciones financieras y se enriquecieron a manos llenas. Por eso, presentar esa candidatura, cuando los dirigentes del congreso declararon claramente que estaban decididos a luchar contra la corrupción, era, en el menor de los casos, falta de perspicacia.

La candidatura para presidente de un personaje político poco conocido como Pascual Ortiz Rubio quería aparentar que se seguiría un nuevo curso político en el país.

Para los partidarios de Calles esta candidatura significativa, no hay duda, que los intentos para imponer su línea política al congreso, habían fracasado. Pero, al fin y al cabo, la aceptaron, calculando que podían utilizar su influencia en el partido y en el aparato estatal para controlar al futuro presidente. La dirección del partido fue tomada por los representantes de los políticos, generales y funcionarios enriquecidos, burocratizados, que se hacían llamar la "familia revolucionaria". Los partidarios de Calles que representaban a la parte más corrupta del grupo dominante, seguían influyendo en el partido. Pero ya no dominaban a sus anchas, como en los años del caudillismo revolucionario; no conservaban su anterior influencia en los principales eslabones del aparato estatal. Los más destacados representantes de la dirección del PNR, tomando en cuenta el creciente descontento del país, trataban de desembarazarse de los callistas, con lo que adquirirían autoridad ante el pueblo.

Ahora bien, el factor más importante que mermaba la "unidad" del PNR era la presencia en sus filas de grupo democrático de la pequeña burguesía, de la intelectualidad, de representantes del ejército, quienes cada vez se daban más cuenta de la necesidad de terminar con la insostenible situación reinante en

el país, de hacerse eco de la voz de los trabajadores. Esta voz, por lo demás, se hacía más fuerte, insistente y llena de indignación. La necesidad de realizar cambios fundamentales en el país se convertía en demanda que unía a amplias capas de la población.

Este descontento con la política de los círculos gobernantes se manifestó durante la nueva campaña presidencial. Las fuerzas que se oponían a la élite gobernante se unieron en torno al ex secretario de Educación del gobierno de Obregón, José Vasconcelos; los ideólogos de la "unidad de la familia revolucionaria" acudieron raudos y veloces a su ya trillado método: incluir a Vasconcelos entre los reaccionarios, entre los enemigos de la Revolución.

En su campaña electoral, José Vasconcelos denunció la política conciliadora de la élite callista con el imperialismo, el escandaloso enriquecimiento de los "revolucionarios" y su transformación en burgueses autosuficientes y en burócratas, ajenos a los intereses del pueblo. Los pronunciamientos antiimperialistas de Vasconcelos, sus llamados a terminar con la corrupción y el enriquecimiento, le ganaron la simpatía de grandes capas de la población. Entre sus partidarios había no pocos jóvenes estudiantes, intelectuales democráticos y representantes de las capas medias de la ciudad.

Los partidarios más democráticos de Vasconcelos se esforzaban por dar a su movimiento un carácter más radical, por elaborar un programa de profundas transformaciones sociales. Algunos de ellos consideraban necesario un programa que propiciara las formas colectivas en la agricultura y la entrega total de la tierra a los ejidatarios<sup>49</sup>.

Los elementos radicales, sin embargo no lograron ocupar las posiciones decisivas en el movimiento vasconcelista. El mismo Vasconcelos, aunque en sus intervenciones durante la campaña, se refería a las reformas sociales, daba más importancia a las consignas de renovación ética del país, poco comprensibles para las amplias masas populares. Además, en el movimiento vasconcelista había no pocos elementos reaccionarios para quienes las abstractas consignas ilustrativas del candidato presentaban una buena oportunidad para influir en favor de ellos.

Todo eso debilitaba, sin duda, las posiciones de Vasconcelos, permitiendo a la élite gobernante maniobrar y afirmar

demagógicamente que el triunfo de Vasconcelos significaría la restauración del porfirismo.

En estas condiciones, el triunfo de Pascual Ortiz Rubio estaba asegurado.

Víctima de contradicciones internas y reprimido por los callistas, el movimiento vasconcelista se derrumbó a fines de 1929 y el mismo Vasconcelos abandonó el país<sup>50</sup>.

Habían pasado los días —primeros años de su gobierno— del Calles "radical", cuando llegó a declarar que estaba presto a morir envuelto en la bandera roja del proletariado; quedaba atrás el tiempo en que las contradicciones de México con el imperialismo se habían agudizado, especialmente en la cuestión del petróleo. Ahora los discursos de Calles poca diferencia guardaban con los de cualquier empresario norteamericano, de cualquier partidario de la libre empresa. Declaraba por ejemplo: "Soy moderado no sólo por mis inclinaciones personales, sino también por mi seguridad de que cualquier movimiento radical en México, que amenace al dominio del capital, está llamado a fracasar por la sencilla razón de que un cambio así de radical se opondría al modo de pensar de los mexicanos. En México se observa una clara tendencia al individualismo, que puede lograrse solamente dentro del llamado sistema capitalista. Por esta razón, el gobierno hará todo lo posible por defender los intereses de los capitalistas extranjeros, que invierten su capital en la economía de México"<sup>51</sup>.

Los círculos gobernantes de México descubrieron de pronto muchos lados "positivos" del capital monopolista norteamericano y se dieron a la tarea inmediata de hacérselo saber al pueblo mexicano. En uno de los periódicos mexicanos más influyentes, *El Universal*, se dio cabida a "sinceridades" del siguiente tipo: "Es en vano tratar de convencer a nuestros vecinos del norte de que dejen de ser imperialistas. Ellos no podrán ser distintos, por más buenas que sean sus intenciones. Por eso mejor estudiemos las leyes naturales (del imperialismo económico), con la esperanza de encontrar la manera de que, en lugar de oponernos ciegamente al imperialismo, podamos debilitar su acción y utilizarle para nuestro bien"<sup>52</sup>. Estos juicios perseguían una finalidad de largo alcance. Por una parte, se trataba de imbuir al pueblo la idea de la imposibilidad de derrotar al imperialismo, y, por otra parte, se le quería convencer

de que la política del gobierno mexicano había sido "inteligente", pero que por causas desfavorables se había visto obligado a maniobrar, a replegarse ante los ataques del imperialismo, logrando, de todas maneras, hacerlo ceder, sin arriar —esto se presentaba como lo fundamental— la bandera de la Revolución Mexicana. La política de Calles, presentada como patriótica y realista, de hecho capituló ante Estados Unidos, al suscribir en 1928, con el nuevo embajador norteamericano en México, Morrof, un acuerdo según el cual se otorgaban grandes privilegios a los monopolios petroleros norteamericanos. El embajador norteamericano se convirtió prácticamente en la mano derecha de Calles, en su consejero.

Mientras las fuerzas progresistas de América Latina se manifestaban abiertamente contra la capitulación de Calles, algunos círculos de la burguesía latinoamericana trataban de presentar a la política callista poco menos que como una panacea de todos los males. El publicista mexicano Nemesio García Naranjo, por ejemplo, declaró que él prefería la política de Calles a la lucha armada de los patriotas nicaragüenses encabezada por Sandino contra los marines norteamericanos. "El resultado es —escribió García Naranjo— que mientras que Sandino, siguiendo su lucha contra los americanos, muy pronto descansará en una simple tumba, o en la de los héroes desconocidos, Calles será arrobado por mister Morrow, socio de Morgan. Sandino será derrotado, Calles, convencido"<sup>53</sup>.

La subordinación de los intereses nacionales al imperialismo, a la que había llevado al país la élite gobernante, tenía que reavivar a la reacción en todos los frentes, llevando a los círculos gobernantes mexicanos hacia una campaña antisoviética, anticomunista, desatada en aquellos tiempos por la reacción mundial. En 1929 esos círculos mexicanos, bajo la presión directa del exterior, rompieron relaciones diplomáticas con la Unión Soviética. El Partido Comunista fue puesto en la ilegalidad. La reacción se lanzó a reprimir a los revolucionarios. En 1929 se asesinó traidoramente a uno de los dirigentes del Partido Comunista, el líder del movimiento revolucionario campesino, J. Guadalupe Rodríguez. Varios comunistas fueron encarcelados o confinados.

¿A qué se debían los apapachos de los gobernantes mexicanos a la derecha, la "luna de miel" entre yanquis y mexicanos? Indudablemente que, en cierta medida, influyó la "nueva"

política de los círculos gobernantes de Estados Unidos hacia México: el repliegue de la abierta política agresiva y la adopción de piel de oveja para tratar de domesticar al gobierno mexicano. El arribo de Morrow a México como embajador, ligado íntimamente con el grupo financiero Morgan, perseguía precisamente esta finalidad.

Pero no era esto lo fundamental. Los círculos gobernantes de México no desempeñaban el papel de "conejillo de Indias" de los políticos y capitalistas norteamericanos.

El papel de "víctima" jugado por el imperialismo norteamericano, sólo convenía a la élite gobernante mexicana, que como antes, trataba de presentar su política como un crisol de fidelidad a la Revolución Mexicana. La verdad es que la política de triquiñuelas y compromisos con los monopolios norteamericanos, era una conclusión normal de toda la actividad de los gobiernos "revolucionarios".

De 1928 a 1929 el gobierno de Calles pasó a la colaboración abierta con el imperialismo norteamericano. En los últimos años el capital norteamericano penetró cada vez más en el país y desplazó la influencia de su más fuerte contrincante —el imperialismo inglés—, que opuso gran resistencia.

Existía otro punto de vista en torno a la esencia social del régimen callista, ampliamente propagado entre las fuerzas revolucionarias, al finalizar los años veinte; se afirmaba que la pequeña burguesía, en el poder durante el periodo presidencial de Calles, debido a su política conciliadora, con el tiempo se vio obligada a capitular y a perder su carácter revolucionario, pasando al campo de la reacción. Con ello, afirmaban los partidarios de estas concepciones, la pequeña burguesía mexicana dejó de jugar el papel de cierto "amortiguador" entre las fuerzas de la reacción y las de la revolución. Ahora, decían, las fuerzas de izquierda y de derecha, están frente a frente, se preparan para la lucha decisiva.

Este punto de vista absolutiza la desviación de algunos personajes salidos de la pequeña burguesía hacia la reacción; aplica estas concepciones a toda la pequeña burguesía en general. Desde un plano más amplio, este punto de vista respecto a la pequeña burguesía significa un desprecio hacia las capas intermedias de la población, debilitando considerablemente el frente de lucha contra la reacción en marcha. La unilateralidad

de este punto de vista es evidente ante el hecho de que en el país se formó objetivamente una situación en que las amplias masas de la población comenzaron a expresar cada vez con mayor fuerza su protesta contra la política de la élite gobernante, adoptando formas de lucha más decisivas por sus derechos y por sus intereses.

El fin de los años veinte y el comienzo de los treinta, fueron notables por el auge de la lucha de los trabajadores y la intensificación de las contradicciones en el PNR, lo que revelaba la inestabilidad de la "paz social" instituida por los callistas.

## NOTAS

- (1) México, 50 años de Revolución, volumen II, México, 1961, p. 390.
- (2) El Machete, 15, XII, 1928.  
La voz de México, 23, XIII, 1928.  
Algunos documentos relativos al primer congreso nacional de industriales, México, 1917, pp. 108-109.
- (3) Roberto Blanco Moheno, Crónica de la Revolución Mexicana, vol. II, México, 1959, pp. 53-54.
- (4) El Machete, 29, IX, 1928.
- (5) Antonio Díaz Soto y Gama. La cuestión Agraria... p. 79. En 1920 Díaz Soto y Gama fundó el llamado Partido Agrarista, el cual se unió al régimen de Obregón.
- (6) El Machete, 13, XII, 1928.
- (7) Antonio Díaz Soto y Gama. La cuestión agraria en México. México, 1959, p. 70.
- (8) Antonio Gramsci. Lettère di carcere.
- (9) El Machete, 24, IX, 1928.
- (10) El Machete, 12, XI, 1927.
- (11) El Machete, 16, V, 1928.
- (12) Ernest Gruening. Mexico and Its Heritage. New York-London, 1930, p. 360.
- (13) Rosendo Salazar y Escobedo. Las purgas de la iglesia, México 1922, p. 159.
- (14) Id., p. 92.
- (15) Defensa Proletaria, 7, I, 1929.
- (16) Julio Cuadros-Caldas, o. c., p. 463.
- (17) La política de "sindicalización" seguida por los líderes de la CROM era una confirmación de los métodos típicamente gangsteriles. Movidos por sus deseos de enriquecerse establecieron "control sindical" sobre los artistas de los clubes y cabarets y aun de los prostíbulos.
- (18) Los participantes en la rebelión tenían como consigna "Viva Cristo Rey", de donde viene su nombre de cristeros.
- (19) Luis C. Balderrama. El clero y el gobierno de México. Documentos para historia de la crisis en 1926. Vol. II, México, 1927, pp. 11-16, 23-28.
- (20) C. Marx y F. Engels. Obras escogidas en dos tomos, t. I, p. 250. Moscú.
- (21) La tragedia mexicana Jusquian sang, Lauvain, 1928, p. 232.

- (22) V. I. Lenin. Obras completas. Buenos Aires, 1960, t. XV, pp. 380-381.
- (23) V. I. Lenin. Obras completas. Buenos Aires, 1960, t. XV, p. 384.
- (24) Antonio Rius Facius. México cristero. México, 1960, p. 164.
- (25) Rafael Ramos Pedrueza. La lucha de clases a través de la historia de México. México, 1941, p. 336.
- (26) Durante el conflicto religioso, el Partido Comunista hacía hincapié en el desmascaramiento de los reaccionarios contrarrevolucionarios que tomaron parte en la rebelión de los cristeros, aunque ya entonces señalaba la demagogia anti-religiosa de los callistas y su tendencia a distraer a los trabajadores de la lucha de clases. Después de los años treinta, el Partido Comunista censuró la política de los callistas en el problema religioso y lanzó la consigna de la unidad de todos los trabajadores católicos y ateos en la lucha contra el imperialismo y la reacción.
- (27) José Vasconcelos. Obras completas, vol. II, México, 1957, p. 1433.
- (28) Pablo González Casanova. La democracia en México. México, 2a. Edición, 1966, p. 44.
- (29) A. Bessière. Le Mexique martyr. París, 1928, p. 65.
- (30) Al referirse a este manifiesto, el historiador Joseph Ledit indica que no todo el campo católico compartía el último principio, no se manifestaba por la separación "absoluta" de la iglesia y del Estado. El manifiesto —señala Ledit— está claramente timbrado por la influencia del zapatismo revolucionario (Joseph Ledit. El frente de los pobres, México, 1955, p. 51). Es éste, según creemos, un hecho muy importante, que señala que en las filas de los cristeros no sólo había "fanáticos" y "oscurantistas", como afirmaba la propaganda oficial.
- (31) Luis C. Balderrama. El clero y el gobierno de México, vol. II, México, 1927, p. 139.
- (32) Antonio Rius Facius. México cristero. México, 1960, págs. 252-254, 422-423.
- (33) A. Bessière. Le Mexique martyr. París 1928, p. 56.
- (34) Ernest Gruening. México and Its Heritage. New York-London, 1930, p. 329.
- (35) Emilio Portes Gil. Quince años de política mexicana, p. 232.
- (36) El Machete, 15, IX, 1928.
- (37) El Machete, 13, VIII, 1927.
- (38) El Machete, No. 116, 1928.
- (39) El Machete, No. 116, 1928.
- (40) El Machete, 28, I, 1928.
- (41) Este cambio de actitud de Calles se basaba también en sus deseos de dejar claro que se separaba definitivamente de su pasado "rojo", y abandonaba sus inclinaciones hacia la "bandera roja".



(44) Emilio Portes Gil. *Autobiografía de la Revolución Mexicana*. México, 1964, p. 574. El desarrollo posterior de los acontecimientos mostró que para los callistas el anticlericalismo había constituido un triunfo de tal envergadura para su política aventurera, que era dudoso se retractaran de ella. Después del acuerdo gubernamental con la iglesia, disminuyó el anticlericalismo, pero ante el aumento de la lucha revolucionaria, los callistas volvieron a las andadas contra la religión, como una forma de recobrar sus posesiones.

(45) *Política*, 15. III. 1963, p. XII.

(46) *Id.*

(47) *Política*, 15. III. 1963, p. XIII.

(48) *Id.* pp. XXX-XXXI.

(49) Mauricio Magdaleno. *Las palabras perdidas*. México-Buenos Aires, 1966, p. 5.

(50) Es interesante conocer la suerte que corrieron los personajes de este movimiento. Vasconcelos se retiró de la vida política; la desilusión y su falta de contacto con el pueblo, limitaron sus posibilidades de valorar objetivamente los acontecimientos que envolvían a México. Manteniendo sus posiciones antimperialistas y odiando con toda su alma a los "revolucionarios" enriquecidos, Vasconcelos no comprendió que la lucha por el progreso del país sólo puede triunfar con el apoyo de un movimiento popular de masas y si se llevan a la práctica transformaciones sociales profundas. De ahí que su actuación estuviera marcada por la desconfianza hacia la lucha de los trabajadores y el movimiento revolucionario y antimperialista mundial. Así, objetivamente hacía el juego a la reacción.

A diferencia de Vasconcelos, muchos de sus partidarios en la campaña electoral, en los años treinta se incorporaron al movimiento de masas y apoyaron entusiastamente las transformaciones antimperialistas que llevó a cabo el gobierno de Cárdenas.

(51) *Mexico Before the World, Public Documents and Adresse, of Calles, New York, 1927, p. 30.*

(52) L. Denny. *We Fight for Oil*. New York, 1928, pp. 91-92.

(53) Victorio Codovilla. *Artículos y discursos*. Moscú, 1957, p. 51.

### Unidad III

#### EL DESARROLLO DEL MOVIMIENTO EN EL PAIS A PRINCIPIOS DE LOS AÑOS 30, LA AGUDIZACION DE LAS CONTRADICCIONES EN EL PARTIDO NACIONAL REVOLUCIONARIO Y LAS NUEVAS ELECCIONES PRESIDENCIALES.

La política de una concesión tras otra al capital extranjero puesta en práctica por la élite gobernante, la crisis económica mundial que en México dejó casi un millón de desempleados, no podían más que provocar el descontento de la población. Incitados por una miseria desesperante, por el desempleo y la pauperización en el campo, los trabajadores mexicanos se levantaron a la lucha por sus derechos.

Durante la crisis se hizo notar el desarrollo, lento pero constante, de las acciones de la clase obrera, aunque una serie de factores estorbaron seriamente el desenvolvimiento de la actividad revolucionaria del proletariado. Como antes, los líderes sindicales blancos seguían influyendo negativamente sobre el movimiento obrero; propagaban ampliamente la idea capituladora de la imposibilidad, en los años de la crisis, de realizar huelgas con éxito; afirmaban que los obreros deben aceptar el arbitraje gubernamental obligatorio y llegar amistosamente a un acuerdo con los empresarios. La "teoría" de la bancarrota fatal de las huelgas servía, en manos de los burócratas sindicales,